

Pakistán entre la esperanza y el miedo

Julián Abad

Las elecciones legislativas pakistaníes han sido las más importantes de las celebradas desde la independencia del país en 1947. Con un electorado traumatizado por el asesinato durante la campaña de la exprimera ministra Benazir Bhutto y por más de 400 atentados mortales, se celebraron finalmente, tras dos aplazamientos, el 18 de febrero de 2008. A pesar de las reiteradas acusaciones de manipulación, los observadores internacionales dictaminaron que las elecciones fueron lo suficientemente limpias y democráticas como para validar los resultados. La victoria de los partidos contrarios al presidente Musharraf abre un nuevo tiempo para la libertad, pero también un tiempo de grave riesgo para la paz.

Pakistán es frontera caliente con los focos islamistas más radicalizados: Irán y Afganistán. Los comentaristas hablan de una **jomeinización** y de una **talibanización** de la zona. Efectivamente, en Pakistán existe un núcleo fuerte de refugiados afganos, presuntos puntales ideológicos y militares de **Ben Laden**, y una minoría chiíta que desea copiar en su país el modelo de república islámica instalado en Irán. Las montañas afgano-pakistaníes del Noroeste.

El factor religioso y la peculiaridad nacional

El factor religioso fue determinante para la configuración del antiguo dominio británico de la India en dos Estados: la Unión India, de mayoría hinduista y budista, y Pakistán (Oriental

y Occidental), de mayoría musulmana. En 1971, Pakistán Oriental se independizó de Pakistán Occidental. Aquél adoptó el nombre de *Bangla Desh*, que significa el «País de Bengala», y éste conservó en exclusiva el nombre de *Pakistán*.

Con aproximadamente 170 millones de habitantes, es el segundo país musulmán más poblado, sólo superado por Indonesia. Pakistán se compone de cuatro territorios federados: Baluchistán, la Provincia de la Frontera del

a través de sus 60 años de historia, los períodos de dictadura militar han sido muy largos y la democracia ha sido más formal que real

Noroeste, Punjab y Sindh o cuenca del Indo. A estos cuatro territorios hay que añadir el Área tribal del noroeste y el distrito de la capital federal, Islamabad.

El territorio de Cachemira, entre India y Pakistán, disputado por ambas potencias, ha sido causa de varias guerras entre ambos países y constituye un foco permanente de conflicto. En realidad el conflicto indo-paquistaní es tan antiguo como estos dos países. En 1947, cuando se decidió la partición del imperio británico de la India en dos estados, el *maharajá* de Cache-

mira optó por agregarse a la India, a pesar se que la mayor parte de la población del territorio era y es musulmana y hubiera preferido y prefiere integrarse en Pakistán. Cuando la Unión India realizó su primera prueba nuclear, Pakistán reaccionó inmediatamente construyendo su propia bomba atómica «para estar en pie de igualdad en la cuestión de Cachemira». La disputa territorial en Cachemira y la pugna por el liderazgo regional explican el especial interés con que la India ha seguido todo el proceso electoral paquistaní.

Pakistán ha sido a lo largo de la historia un lugar de crisol de culturas de los pueblos arios, afganos, turcos, mogoles y árabes. El nombre de Pakistán es un acrónimo de los nombres de las cinco provincias musulmanas del norte del imperio británico de la India, ideado en 1933 por **Ramat Alí**, fundador del *Movimiento Nacional Paquistaní*. Este acrónimo coincide con una palabra *urdu*, lengua oficial pero no mayoritaria, que significa «tierra de los puros».

La imposición de nombre despertó un sentimiento nacional diferenciado y cohesionó las diferentes tribus. Las que hasta entonces eran sólo divisiones administrativas, empezaron a ser sentidas por sus habitantes como país propio y surgió así un fuerte nacionalismo, con fuerte contenido religioso que canalizó la **Liga musulmana**. La denominación de **República Islámica**, expresa que el Islam impregna la

Pakistán entre la esperanza y el miedo

legislación y costumbres del país. Esta impregnación es bien recibida por el 90% de la población, que es musulmana (70% sunita y 20% chiíta) y sólo se tolera por el 10% aproximado, que es hindú o shij.

La variedad étnica es tal que los expertos hablan de las diversas *subnaciones*. Dentro incluso de cada división existen etnias prácticamente separadas unas de otras en lo social, en lo económico y en lo cultural. Todo ello complica la gobernabilidad del país, sólo posible desde la preeminencia del Islam y expuesto siempre al totalitarismo de uno u otro signo. De hecho, a través de sus 60 años de historia, aunque formalmente se haya proclamado la democracia, los períodos de dictadura militar han sido muy largos y la democracia, cuando ha imperado, ha sido más formal que real.

Instituciones y ley electoral

La constitución iraquí reconoce los derechos humanos y el pluralismo. Su parte dogmática podría ser la de cualquier constitución democrática europea. La representación popular se ejerce mediante elecciones por sufragio universal. El sistema parlamentario es bicameral con una *Asamblea Nacional* compuesta por 342 diputados, que deben ser mayores de 25 años, y un *Senado* formado por 100 senadores, que deben ser mayo-

res de 30 años. La duración del mandato es de cinco años para los diputados y de seis para los senadores, diferencia de duración que trata de evitar, aunque no lo consigue, la discontinuidad legislativa.

En la realidad, Pakistán dista mucho de ser una democracia. De los 342 diputados de la Asamblea, sólo son elegidos 272, de los cuales 60 deben ser mujeres y 10 no musulmanes. La ley electoral establece, como se ve, una discriminación positiva de la mujer y de los no musulmanes, pero en la realidad funciona como discriminación negativa, puesto que los mínimos garantizados se han convertido más bien en topes que no deben superarse: las mujeres, en la práctica nunca son más de 60 y los no musulmanes nunca superan la decena.

La Asamblea y el Senado eligen al presidente de la República, cuyo mandato dura también cinco años. El sistema está pensado para que exista sintonía entre la presidencia y las cámaras, pero cuando, por causas no previstas, un presidente ha sido elegido por un parlamento anterior, se produce una situación muy tensa de **cohabitación**, que en Pakistán resulta difícil de gestionar.

Las cicatrices del pasado

Tras la secesión de Pakistán Oriental y la guerra con la India, Pakistán alternó períodos de concordia interna con

períodos de gran zozobra. **Zufikar Alí Bhutto**, padre de Benazir, alcanzó la presidencia y, posteriormente, en 1973, siendo primer ministro, mantuvo durante largo tiempo la ley marcial y el país sufrió un latente enfrentamiento civil. Acusado de fraude en las elecciones de 1977, esta secesión y la guerra resultante con la India en 1971, Bhutto alcanzó la presidencia del país dividido, al que devolvió cierta estabilidad. Bajo una nueva Constitución (1973), fue primer ministro. Mantuvo durante largo tiempo

después de los atentados de las torres gemelas, Musharraf se significó en la lucha activa contra los talibanes de Afganistán y se convirtió en el principal bastión de la lucha contra el terrorismo en la zona

la ley marcial y se granjeó el enfrentamiento de toda la oposición, manteniendo la ley marcial. Al enfrentarse a la oposición política, religiosa y social que se manifestó violentamente en algunas regiones, su gobierno se hizo más represivo y fue acusado de fraude en las elecciones de 1977. Bhutto fue depuesto por un golpe de Estado dirigido por el general **Zia Ul-Haq**. Juzgado por ordenar el asesinato de

un oponente político, fue condenado a muerte y murió ahorcado en 1979. Su hija Benazir se convirtió en líder del PPP, heredando de su padre, no sólo un partido sino también un cuerpo social lleno de cicatrices.

En 1988 Benazir Bhutto se convirtió en la primera mujer que llegó a ser primer ministro en un país musulmán, pero, acusada de corrupción, fue depuesta a los veinte meses de tomar posesión por el entonces presidente **Khan**. En 1993 fue reelegida, pero en 1996 fue de nuevo depuesta por los mismos cargos, esta vez por el presidente **Leghari**. Desde entonces hasta su regreso a Pakistán en noviembre de 2007, la asesinada presidenta del PPP ha vivido en el exilio hasta su regreso a Pakistán mes y medio antes de ser asesinada. Sus seguidores odian a y son odiados por los grupos islamistas radicales.

Parecido itinerario —primer ministro, deposición y exilio— es el corrido por **Nawaz Sharif**, con parecidas secuelas de resentimiento.

A todas esas cicatrices mal curadas, hay que añadir la secuencia ininterrumpida de atentados mortales (más de cien muertos al mes en lo que va de año) que producen en los ciudadanos actitudes de miedo, sentimientos de venganza y una gran perplejidad política, al ser difícil discernir qué opción política es más eficaz para la seguridad ciudadana y la pacificación del país.

La figura de Musharraf

La figura del aún presidente de Pakistán es una clave esencial para entender el proceso político actual. Militar de gran prestigio por su participación en las dos guerras de Cachemira, llegó a ser jefe del Alto Estado Mayor del Ejército. En 1999 encabezó un golpe de Estado contra el primer ministro **Nawaz Sharif** al que arrestó y con quien, dos años después llegó a un pacto secreto por el que Sharif se comprometió a exiliarse y Musharraf a no procesarlo penalmente.

En 2001 Musharraf fue elegido presidente, lo que significó la legitimación del golpe militar que había protagonizado dos años antes. Después de los atentados de las torres gemelas, Musharraf se significó en la lucha activa contra los talibanes de Afganistán y se convirtió en el principal bastión de la lucha contra el terrorismo en la zona, siendo el aliado más de más confianza de los Estados Unidos.

El noviembre de 2007, en pleno estado de excepción, decretado por él mismo, fue elegido presidente. Su elección fue impugnada por todos los partidos de la oposición y mereció durísimas acusaciones de manipulación por parte de los abogados. La reacción de Musharraf manifestó nítidamente su carácter autoritario y dictatorial: apresó a varios cientos de abogados y sustituyó los jueces de la Corte Suprema por otros más adictos

que, finalmente, rechazaron las impugnaciones de sus adversarios.

Tras renunciar a la jefatura formal de las fuerzas armadas, el 29 de noviembre juró su cargo como Presidente constitucional para un mandato de cinco años. Bajo su presidencia se convocaron las elecciones celebradas el 18 de febrero, en cuya limpieza nadie creía, pero que, al parecer, han sido suficientemente limpias como para legitimar el triunfo de la oposición. Este mismo triunfo es una prueba de limpieza suficiente.

Resultados y valoración

Estaba claro que, si Bhutto y Sharif regresaron de sus respectivos exilios, no era para participar en una farsa electoral. Por presiones internas y externas, Musharraf, asegurado en la presidencia del país hasta 2012, aceptó que las elecciones fueran transparentes. Los resultados demuestran que, al menos, no fueron amañadas hasta tal punto de que el partido de Musharraf perdió la mayoría.

El triunfo de la oposición es evidente, el *Partido Popular del Pakistán* (PPP), de Bhutto, fue, con 80 escaños, el partido más votado; le siguió la *Liga Musulmana del Pakistán-N* (LMP-N) encabezada por Nawaz Sharif, que obtuvo 64 escaños; La *Liga Musulmana del Pakistán-Q* (LMP-Q) de Musharraf sólo pudo ser tercera con 37 escaños, perdiendo así la mayoría en el parlamen-

to que permitió a Musharraf gobernar prácticamente sin oposición durante los últimos ocho años. El gran triunfador, PPP, presentó su victoria como un homenaje póstumo a Benazir.

Las dos ligas musulmanas no están ideológicamente muy lejanas, pero sí en talante y estilo. Ambas provienen de la LMP de la que se desgajaron y ambas enfatizan el carácter islámico de la república.

El PPP es un partido socialdemócrata que pertenece a la *Internacional socialista* y que incluso tiene un ala izquierda marxista que en algunos momentos ha protagonizado disturbios sociales. Pero en ningún caso se teme del PPP actuación alguna que, directa o indirectamente sea irrespetuosa con la fe.

Para llegar a las elecciones han sido necesarios toda una serie de pactos: que Musharraf renunciara a la jefatura de las fuerzas armadas a cambio de la participación de Bhutto en el proceso electoral, que levantara el estado de excepción a cambio de la participación de Sharif, y que se negociara la reposición de los magistrados depuestos como exigía la coalición de partidos de la oposición. En todo este proceso de compromisos han intervenido las embajadas occidentales, pero también han sido determinantes las presiones ejercidas por los abogados que plantaron cara al todopoderoso Musharraf. Lo que queda por saber

es cuánto durarán estos compromisos hilvanados con alfileres, una vez celebradas las elecciones.

Una cohabitación difícil

Musharraf seguirá siendo legalmente presidente y tendrá que convivir con un gobierno que le es hostil y desearía pasarle las muchas facturas del pasado. Los conflictos se ven venir, sólo falta que se acerquen para identificar su naturaleza.

Muchos comentaristas auguran para los próximos meses una «revolución de las cámaras» que forzará la dimisión del presidente; otros apuestan por una distancia de mínima relación y algunos líderes religiosos piden la formación de un gobierno en el que quepan los tres partidos. El mismo viudo de Benazir Bhutto, **Ali Zardari**, apuesta por la coalición a tres, incluyendo alguna de las marcas regionales de la LMP-Q. Esta parece ser la fórmula preferida por Occidente para salir del *dilema cornudo* que parece amenazar: firmeza frente al islamismo radical, garantizada por Musharraf, o democracia con menores garantías para la lucha antiterrorista.

La coalición a tres garantizaría mejor, dentro y fuera de Pakistán una y otra, la seguridad y la democracia. ■